

**TEXTOS ESCRITOS DESDE
LA EXPERIENCIA**

**TALLER DE NORMA Y ESTILO EN LA REDACCIÓN
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**

Mercedes Alconchel Benito

Isabel Bruna Cebrián

María del Carmen Duerto Valles

Esperanza García-Rosel Martínez

Felicísimo Gómez

Rosa María Negre Moreno

Fernando Pérez Cortés

María del Carmen Salinas Berenguer

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	2
EVOCACIÓN	4
– <i>La escuela</i> , por Isabel Bruna Cebrián.....	4
CUENTOS	5
– <i>El rayo azul</i> , por Mercedes Alconchel Benito.....	5
– <i>Viaje de una estrella</i> , por Isabel Bruna Cebrián.....	7
– <i>Mente cerrada</i> , por M ^a del Carmen Duerto Vallés	9
– <i>El reino del ajedrez</i> , por Esperanza García-Rosel Martínez.....	10
– <i>El gato sibarita</i> , por Felicísimo Gómez.....	13
– <i>Una hermosa tarde de verano</i> , por Rosa M ^a Negre Moreno.....	16
– <i>Princesa y Negrito</i> , por Fernando Pérez Cortés.....	17
– <i>Lita</i> , por M ^a del Carmen Salinas Berenguer.....	19

PRÓLOGO

En este pequeño volumen hemos reunido algunos de los textos escritos en el Taller de *Norma y estilo en la redacción* de la Universidad de la Experiencia de Zaragoza durante el año académico 2007/2008.

Presentamos un total de nueve textos de ocho autores diferentes. Todos ellos son de carácter literario –una evocación y siete y cuentos– y muestran, en general, cierta preferencia por el tratamiento de los sentimientos personales, entre los que predominan la nostalgia, la soledad y el cariño hacia los demás.

La evocación, cultivada por Isabel Bruna, constituye una vuelta a la infancia, a la escuela, a las aulas, las profesoras y los compañeros de la niñez.

El resto de textos son cuentos. Mercedes Alconchel ha escrito uno sobre la aventura de dos intrépidas niñas que buscan el nacimiento del arco iris. Isabel Bruna nos habla del viaje de la estrella Lucerito a La Tierra y de sus vivencias en nuestro planeta. María del Carmen Duerto nos ofrece un texto muy intimista: un narrador en primera persona describe la angustia vital sentida en un determinado momento de su vida y narra la peripecia que puso fin a esta situación anímica. Esperanza García-Rosel ha escrito un cuento en el que encontramos imbricadas varias tramas: la historia de unas piezas de ajedrez y la de un joven príncipe huérfano de madre se enlazan y se insertan a su vez en otra narración que sirve como marco a las anteriores, la de un joven marinero que pierde su juego de ajedrez. Rosa María Negre nos relata la anécdota de unas niñas que se encuentran un avispero en el campo.

Los protagonistas de los tres últimos cuentos son animales parlantes, y su relación con los humanos constituye el nudo argumental de los mismos. Un gato abandonado al nacer que narra cómo ha sido su vida es el protagonista de dos cuentos diferentes, uno escrito por Felicísimo Gómez y otro por María del Carmen Salinas. Fernando Pérez, por su parte, ha creado una historia sobre una perrita doméstica que, con la ayuda de un gato callejero y un hada, intenta conseguir la amistad de un niño.

Con estas páginas pretendemos plasmar en papel algo de lo mucho compartido en las aulas durante los dos meses que ha durado nuestro taller. Durante este tiempo he disfrutado viendo a mis alumnos comentar e interpretar distintos tipos de textos, discutir, con pasión y respeto al mismo tiempo, sobre la norma y el uso de la lengua, exponer sus inquietudes lingüísticas y literarias y buscar dentro de sí mismos la

anhelada musa del escritor. He tenido el privilegio de disponer de un auditorio rebosante de interés, de energía y de buenos propósitos, actitudes que agradezco sinceramente. Como profesora, he intentado contribuir en lo posible a la satisfacción de sus expectativas, ardua empresa dada la heterogeneidad del alumnado. Éste, como regalo, ha puesto a mi disposición no solo su cariño, sino uno de sus tesoros más valiosos: su experiencia, de la cual he procurado tomar buena nota¹.

Elisa González Ramos

¹ Quiero agradecer a María Antonia Martín Zorraquino y a la dirección de la Universidad de la Experiencia, en especial a Jesús Gascón Pérez, la confianza que han depositado en mí y el valioso apoyo que he recibido por su parte.

EVOCACIÓN

LA ESCUELA

por

Isabel Bruna Cebrián

La escuela estaba situada en el centro del pueblo, rodeada de una muralla. En el centro se encontraba el edificio con las clases y el recreo. La parte baja de este edificio albergaba las aulas destinadas a las clases de los chicos, y el primer piso, las de las chicas. Se accedía a estas por una escalera, que desde mi punto de vista de niña me parecía majestuosa, de cuento de princesas.

La clase era alegre. Tres grandes ventanas le daban una luminosidad que la hacía acogedora. El suelo era de tarima, y al andar hacía ruidos extraños que me recordaban a los cuentos antiguos. Tenía unos viejos pupitres de madera por los que ya entonces habían pasado cientos de alumnas. Había mapas, pizarra, una esfera, cuadros, etc.

La maestra era una mujer cariñosa y cercana a la que todas teníamos un gran respeto. A ella le debemos la mayoría de sus alumnas lo que hemos sido en la vida, ya que nos inició en los estudios y en el camino que debíamos seguir. También sabía castigar cuando se enfadaba: nos solía dejar sin ir a comer.

Lo mejor de la escuela era la hora del recreo: salíamos todas las niñas dando gritos de alegría y jugábamos a buscar tesoros en la tierra, al “avión”, a la “circunferencia” y otros juegos como “tú la llevas” etc., y éramos felices...

CUENTOS

EL RAYO AZUL

por

Mercedes Alconchel Benito

En un tiempo no muy lejano jugaban en el porche de su casa unos niños de cinco o seis años. Frente a su casa había una gran arboleda, con pinos, carrasca, hayedos, etc. y también muchos arbustos y plantas preciosas.

A eso de las cinco de la tarde, y después de una fuerte lluvia, un rayo de sol se filtró entre los árboles y poco después apareció el arco iris. Los niños quedaron extasiados ante los maravillosos colores que podían ver.

Lucía y Nerea, dos niñas preciosas, la una de pelo castaño y largo, la otra rubita y con el pelo ensortijado, se atrevieron a cruzar la carretera y se metieron en la arboleda, pese a tenerlo prohibido por sus papás.

Lucía le dijo a Nerea:

– Mira, es el arco iris. Yo siempre he querido verlo de cerca, así es que voy a buscar de dónde viene.

Nerea, más pequeñita, no se atrevía, pero al ver a su prima tan decidida, dijo:

– Bueno, pues yo te acompaño.

Ambas niñas se encaminaron hacia la dirección en la que ellas creían que se hallaba el arco iris, sin darse cuenta de que cada vez se iban alejando más y más de su casa.

Llegó un momento en el que ya no sabían por dónde continuar, puesto que los árboles estaban muy juntos, tanto que apenas podían distinguir el camino.

Lucía, que iba delante, se paró de repente y se agachó para ver qué sucedía al pie de un enorme árbol. Nerea le preguntó:

– ¿Qué pasa? ¿Por qué te detienes?

– He visto algo que se mueve ahí abajo –dijo Lucía.

– Y, ¿qué es? –quiso saber Nerea.

– ¡Ah!, es mi amigo el gnomo, del que a veces te hablo y no me haces caso.

– ¿Qué le pasa?

– Es que se ha enganchado en un arbusto y no se puede soltar, vamos a ayudarlo.

Con mucho cuidado separaron las ramas y desengancharon al pobre gnomo, el cual les agradeció mucho su ayuda y les preguntó:

– ¿Qué buscáis por aquí, tan lejos de casa?

Las dos contestaron:

– Vamos a ver dónde nace el arco iris.

– Pero eso queda muy lejos y os vais a perder. Esperad un momento.

Entonces el gnomo llamó a su amiga, el Hada Buena, y le dijo lo que pretendían sus amiguitas.

El hada las disuadió de emprender tan largo camino y les contó que cada uno de los colores del arco iris tenía un significado.

– Vamos a ver, ¿qué color os gusta más?

– A nosotras, el azul –respondieron las dos niñas.

– Pues os voy a explicar el significado del azul, pero para ello necesito que os sentéis tranquilas a escuchar con atención. Cada color es un don, una virtud con la que cada uno puede jugar, usándola para hacer el bien a los otros. ¿Veis el primer color?

– ¡Sí, sí, es azul! –dijeron los tres a coro.

– ¡Sí!, y el color azul representa la voluntad.

– ¿Y qué es la voluntad? –preguntó rápidamente Nerea.

– La voluntad es aquello nos capacita para esforzarnos en ser buenos, no tener rabietas, obedecer a mamá y a papá e ir al colegio sin llorar.

A las niñas les encantó esta respuesta y continuaron escuchando al hada con interés.

– ¿Y sabéis qué día de la semana corresponde al rayo azul? Pues el domingo. Por ello, ya que es el día de la voluntad, es un buen día para tomar decisiones, y puesto que estáis con papá y mamá ese día, podríais hacer el esfuerzo de portaros mejor, de estar contentas, cantando, riendo y dando lo mejor de vosotras.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

VIAJE DE UNA ESTRELLA

por

Isabel Bruna Cebrián

Lucerito era una estrella que vivía en una galaxia, dentro de ese cielo azul intenso que por las noches podemos ver en el campo. Tenía una gran familia: padres, hermanos, tíos, primos y muchos, muchos amigos...

Todas las noches, que era cuando empezaba su vida cotidiana, se asomaba a ese gran balcón que es el Universo y veía La Tierra y se imaginaba historias fantásticas que allí podría vivir. ¡La vida en la galaxia era tan aburrida...!

En una noche de agosto, cuando las estrellas empiezan a bailar para San Lorenzo, pidió con todas sus fuerzas encarnarse en una persona humana, a ser posible en un chico joven, y tanto, tanto lo deseó, que al final lo consiguió. Se despidió de su familia y emprendió su viaje a La Tierra –siempre recordaría las lágrimas de su madre.

Aterrizó en una gran ciudad con su imagen de un jovencuelo; sus padres adoptivos trabajaban, así que Lucerito tenía que colaborar en los trabajos de la casa, algo que no le gustaba nada. Ir al colegio también era una obligación diaria muy pesada: las clases, los deberes, el autobús, estarse quieto en clase, en fin, demasiado esfuerzo para él, acostumbrado como estaba a vivir más perezosamente. También debía vestir según las modas. Le gustaba vestirse de negro, peinarse con coletilla, llevar *piercings* y algún tatuaje, aunque a sus padres en La Tierra no les gustara y siempre andarían refunfuñando. Si quería salir, solo le daban permiso hasta las diez, en fin, ¡un rollo! Por no decir cómo era la ciudad: las personas siempre corriendo, todo eran prisas, nervios, enfados... No sabía, por ejemplo, por qué al coger el metro todos corrían por las escaleras mecánicas, cuando en cinco minutos volvía a venir otro tren. Había mucha, mucha gente, más que estrellas en el cielo, pero él se sentía muy solo.

Como estaba insatisfecho, volvió a pedir un deseo: “Quiero ir a un pueblecito pequeño”. Allí se imaginaba que tendría más amigos, que la vida sería más sencilla, que podría disfrutar de la naturaleza y vería su cielo, sus estrellas, su familia, a la que no había olvidado. Cerró los ojos y despertó en un pueblecito pequeño que tenía montañas verdes, pastos, toda clase de animales y un gran lago.... ¡Allí sí que iba a ser feliz!

En este pueblo todos los chicos se conocían y podían salir por la noche, y, aunque al único sitio al que podían ir era al club social, tenían libertad. Por el día,

montaban en bicicleta, se bañaban en el lago, hacían excursiones... Por la noche, si miraba al cielo, podía ver las estrellas, sus estrellas, su familia....

¡Añoraba tanto a su familia! Había tenido grandes experiencias, pero no le compensaba la ausencia de sus amigas las estrellas, a las que todos los días veía en el cielo. Tan grandes eran su nostalgia y su tristeza que una noche se fue a orillas del lago para ver cómo se reflejaban en él sus hermanas las estrellas. Era una noche tranquila, estrellada, hermosa, y ellas le pedían que volviera a casa. Pensó que su paseo por La Tierra había sido bonito, pero quería regresar a su hogar. Cerró los ojos con fuerza, con mucha fuerza, y pidió volver a casa. El lago le llamaba: “Lucerito, ven. Lucerito ven”, y Lucerito se sumergió en sus aguas. De pronto, despertó. Estaba en su casa, con su familia, en su cama. ¡Todo había sido un sueño! ¡Y qué feliz se sentía...!

MENTE CERRADA

por

María del Carmen Duerto Valles

Por primera vez tras muchos años me quedé sin referencias, sin obligaciones, sin condicionamientos.

Pasaron unos días y mi libertad me oprimía. No sabía qué hacer. Ahora que podía ir donde quisiera, no iba a ninguna parte. La calle llena de gente, y yo me sentía solo, todos pasaban de largo a lo suyo, nadie me saludaba, me sentía perdido entre aquel tumulto, solo tenía libertad –una libertad agobiante.

Tampoco yo aceptaba ninguna invitación. Solo pensaba que podía ir libremente por la vida, pero en algún momento llegué a creer que el hastío me devoraría. Me quedaba mirando grandes ratos tras los cristales de mi ventana, me alimentaba mal, no sentía hambre. Además, a nadie le interesaba mi vida, a todos les daba igual.

Cierto día, mientras miraba por mi ventana, vi a un anciano tropezar y caer al suelo.

– ¡Socorro! –rogó una y otra vez– ¡Socorro! –gritó– No puedo levantarme, ¡qué alguien me ayude!

Pero la calle estaba desierta. Entonces comprendí que solo yo podía ayudarlo. Sin pensarlo, corrí hacia la puerta y me encontré tendido en el suelo junto al anciano. Lo cogí, lo senté en las escaleras de mi casa y me apresuré a llevarle un vaso de agua. Curé sus heridas y el anciano me lo agradeció besando mis manos, y se marchó.

De repente, pensé que alguien me había necesitado y yo le había ayudado, me di cuenta de que mi mente había despertado y de que, igual que yo ayudé y fui útil a otra persona, a mí también me podían ayudar. Yo también podía necesitar de otras personas. Mi vida empezó a cambiar. Ya no me sentiría nunca tan solo.

EL REINO DEL AJEDREZ

por

Esperanza García-Rosel Martínez

Aquella noche, Andrés se fue a la cama pesaroso, triste, porque un vaivén del barco en el que viajaba con su padre se llevó al mar su juego de ajedrez. ¿Dónde iría a parar, qué sería de los peones, alfiles, torres y reyes? ¿Se ahogarán los caballos?

Pensando en sus figuras blancas y negras, en su peregrinar por el mar, sus párpados se fueron cerrando poco a poco hasta que sin darse cuenta, se quedó dormido.

Las figuras del ajedrez, tan queridas de nuestro pequeño Andrés, vagaban por el mar, desvalidas, de acá para allá, a capricho de las olas, cruzando a veces sus miradas de madera. A su alrededor, grandes peces las observaban con codicia, ansiosos por comérselas, y así fue como el Rey Blanco desapareció en las fauces de un tiburón. Todas lloraban la pérdida de su rey, formando tal alboroto que despertaron a Neptuno, dios de los mares, quien, compadecido de ellas, llamó con una inmensa caracola a su genio preferido: Buenagua. El genio se postró obediente ante su amo y le dijo:

– Dime para qué me necesitas, querido amo.

Neptuno le respondió:

– Ve a los confines de mi reino, reúne las piezas de un ajedrez que se han caído al mar, llévalas a tierra firme y dales vida humana.

El genio le contestó:

– Tus órdenes serán cumplidas, mi señor.

Al instante, el genio recogió las figuras del ajedrez y las llevó a una isla remota, perdida en el inmenso mar. De esta forma, todas las figuras, blancas y negras, excepto el Rey Blanco, cobraron vida humana y como humanos vivieron en la isla. Desde ese momento, a la isla le dieron el nombre de la “Isla del Ajedrez”.

El príncipe Berlín vivía con su padre, el Rey, en su hermoso castillo de Lovelandia, que así se llamaba el reino. La Reina había muerto recientemente, y la

tristeza dominaba los corazones de todos. El joven príncipe lloraba en silencio, a solas, tan sensible pérdida, y solo se distraía cuando iba de caza con su mejor amigo, Marcelo, hijo de un mercader naviero.

Un día, Marcelo fue a palacio y le dijo al príncipe:

– Vengo a decirte adiós, amigo mío. Me voy a buscar fortuna más allá del mar. Debo ayudar a mi padre en sus negocios.

El príncipe le contestó sin dudarle:

– Iré contigo.

Pocos días después, los dos amigos subieron a bordo del barco del mercader, largaron velas y, con el entusiasmo propio de su juventud, iniciaron una andadura llena de esperanzas.

Cuatro años estuvieron navegando, comprando y vendiendo las mercancías del barco, amasando una discreta fortuna, conociendo nuevos pueblos y anclando en numerosos puertos. Ese tiempo los forjó, les hizo hombres responsables, pero añoraban su tierra, sus familias, por lo que decidieron volver a Lovelandia.

Durante su camino de vuelta, una terrible tempestad les sorprendió en alta mar y arrastró al barco sin rumbo fijo hasta que encalló en los arrecifes de una isla desconocida para ellos. Habían llegado a la Isla del Ajedrez.

Fueron auxiliados en la playa por peones blancos y negros, que inmediatamente avisaron a los alfiles para que los trasladaran a lomos de caballos a una de las cuatro torres que tenía la isla. Allí los cuidaron, les dieron de comer y los aposentaron en una lujosa habitación.

A los pocos días, el príncipe Berlín y su amigo Marcelo conocieron a todos los habitantes del lugar. Reinaba la paz conjugada con la tristeza por la pérdida del nunca olvidado Rey Blanco.

Pasaron los días y nada parecía turbar la vida tranquila de la isla. Las figuras del ajedrez estaban sometidas a una férrea disciplina, ensayando continuamente nuevas formas de ataque, defensa y enroque. Los alfiles, cruzando el campo de batalla en diagonal, los caballos, saltando para sorprender al incauto enemigo, las torres, resistiendo y defendiendo sus caminos, y los peones, esperando órdenes para avanzar. Tan solo los Reyes Negros y la Reina Blanca se abstenían del juego, porque la melancolía y el recuerdo del Rey Blanco perdido les quitaban los ánimos.

El príncipe y su amigo no participaban en las justas de blancos y negros, y comprendían el dolor y la pena de los reyes de la isla. La Reina Blanca estaba triste,

encerrada entre sus alfiles y caballos, no salía a ningún sitio y todos temían que se extinguiera poco a poco.

Antes esta situación, el príncipe, llevado por su natural bondad, pidió a un alfil negro que le consiguiera una paloma mensajera con la que pedir ayuda a su padre, el Rey de Lovelandia. Así se hizo y un buen día, entrada la primavera, un peón blanco vigía divisó a lo lejos, en el mar, un inmenso flotar de velas que se dirigían a la isla.

La llegada del Rey fue recibida con regocijo general. El príncipe le informó de los diferentes problemas de la isla y, especialmente, de la tristeza que afligía a la Reina Blanca. Esa misma noche se celebró una fiesta en una de las torres, el Rey conoció a los Reyes Negros y quedó prendado de la serena belleza de la Reina Blanca. Habló con ella y todos pudieron ver una leve sonrisa en su rostro.

El Rey se quedó en la isla, se casó con la Reina Blanca y desde entonces las figuras del ajedrez están completas, realizando cada día sus incruentas batallas, con entusiasmo renovado. El príncipe y su amigo Marcelo volvieron a la mar, a sus aventuras y trabajos, buscando la misma felicidad que habían dejado en la Isla del Ajedrez.

Suenan clarines, amanece un nuevo día y nuestro amigo Andrés despierta. De inmediato entiende que lo que suena no son clarines, sino el timbre de su despertador. El sueño se ha esfumado, mira a su alrededor y ¡ahí!, en la mesa de su camarote, está el juego de ajedrez completo, esperando reiniciar las partidas con su querido padre.

EL GATO SIBARITA

por

Felicísimo Gómez

El día que nací, mi madre nos dijo a mí y a mis otros cuatro hermanos: “Algunos de vosotros seréis arrojados a la calle, pues el amo dice que no quiere más gatos en casa”. Y así fue: me dejaron tirado en una calle entre los cubos de la basura. Llevaba un día maullando, a ver si alguien pasaba por el lugar y me recogía, cuando de pronto una chica se me acercó y me recogió, al tiempo que exclamó: “¡Qué gato tan sucio y feo!

Le pregunté cómo se llamaba y me contestó que se llamaba Esperanza y que me llevaría a su casa, donde estaría fenomenal. Nada más llegar a ella supe que aquel lugar sería ideal para que viviera un gato como yo. Me presentó a sus dos hermanas, Fe y Caridad, y después a sus padres (estos eran remisos a tener animales en casa, pero aceptaron a condición de que sus hijas se preocuparan de mi cuidado y limpieza). Me instalaron en lo alto de la casa y me hicieron una cesta para dormir, me ayudaron a subir las escaleras, pues, como eran tan pequeño, no podía subirlas por mí mismo, y me alimentaron con leche (¡me supo a gloria!, pues tenía mucha hambre).

Con el paso del tiempo fui creciendo y cada vez era más guapo y juguetón, hasta el punto de que incluso sus padres llegaban a jugar conmigo. Era “el rey de la casa”, pero todo se iba a jorobar, ya que yo me acercaba a mi desarrollo sexual y me iban interesando las gatitas que aparecían por el patio de la casa. También entraban algunos gatos, por supuesto mucho más feos que yo, y eso no me gustaba nada, por lo que me peleaba con ellos. Además, marcaba con mi orina los rincones del recinto, y también lo hacía en los de la casa, y aquí es donde venían los problemas para mí, porque, cuando el dueño de la casa lo veía, se quitaba la zapatilla y me atizaba con ella. Pero yo seguía en mis trece.

Un día, el padre les comentó a las hijas que el gato no podía estar en casa, puesto que era un guarro. Yo ya me veía en la calle durmiendo. Le pregunté a Esperanza qué me iba a ocurrir y me comentó que había hablado con Fe y Caridad y que solucionarían el problema. Se pusieron en contacto con el médico de los animales para contarle mis hazañas y éste dictaminó que lo mejor sería que me castraran, o sea, que me dejaran inútil para la procreación. Así fue como ocurrió: un día me metieron en un cajón y me llevaron al castrador. Cuando me devolvieron a mi camastro, tenía unos dolores enormes. ¡Me habían castrado!

Con el paso del tiempo y libre del apetito sexual, crecí y me desarrollé hasta hacerme un gato grande y muy guapo. Cuando salía fuera del recinto de la casa, mis amadas no dejaban de jugar conmigo, pero a mí, ni fu ni fa. Les expliqué lo que me habían hecho y se quedaron muy desconsoladas.

Yo seguía viviendo muy bien: mis protectoras se preocupaban de darme comida abundante y limpieza constante. Pero llegaron las vacaciones y todas se tenían que ir. Sus padres no querían quedarse conmigo y decían que, si lo hacían, no se implicarían en la limpieza de mis excrementos ni en la mía personal, aunque esto último me daba igual, yo me bastaba para este fin. Finalmente accedieron a ocuparse de mí, pero al cabo de unos días los jefes de la casa también se marcharon, me dejaron comida y agua, cerraron todas las puertas y ventanas y allí me quedé yo, solito y desconsolado. Al cabo de dos o tres días vinieron unas señoras para traerme comida y agua, pero se fueron y me volví a quedar solo, así hasta que regresaron. Como me aburría enormemente, dediqué el tiempo a limpiar todo mi cuerpo y, sobre todo, a acicalar mi pelo, que cada día era más bonito.

Nada más volver Espe, Fe y Cari de las vacaciones me sacaron del encierro, y nada más pisar la calle me marché a buscar a mis amigas y amigos para contarles lo que me había sucedido. Ellos me contestaron que tenía mucha suerte por estar donde estaba, ya que ellos, aunque no tenían quedarse encerrados, puesto que vivían en la calle, comían cuando podían, y yo en cambio no tenía esos problemas. Total, que no volví a casa en una semana. Cuando llegué me recibieron bien, les conté dónde había pasado ese tiempo y mis dueñas lo comprendieron.

Al cabo de tres o cuatro días yo estaba muy malito, tanto que no podía respirar. Mi amo me vio tan mal que se lo dijo a Cari y ésta me llevó hasta el médico castrador, que dictaminó que me debían ingresar en una clínica, donde me operaron de una enfermedad pulmonar por tener líquido en la pleura, que era lo que no me dejaba espacio para respirar. Las tres hermanas tuvieron que asumir el importe de mi operación y se quedaron sin dinero, todo por salvarme a mí, ¡qué afortunado fui!

De nuevo en el hogar, seguí causando problemas. Estaba sano y mis apetitos sexuales, a pesar de estar castrado, volvieron a aparecer. Durante una temporada me dio por coger la ropa colgada o los muñecos y utilizarlos como si fueran una gatita, lo que me llevó a ganarme más de un zapatillazo, pero yo seguía en lo mío. Un día, el jefe de la casa ideó un sistema para hacerme desistir de mi sexualidad: el muy tirano conectó dos cables a un muñeco y estos los enchufó a la luz eléctrica. Cuando pillé al muñeco y me

lo puse debajo, me dio un tremendo susto del que salí despedido unos metros. Ahora me lo pienso muy bien antes de coger alguna cosa.

Cierto día me di cuenta de que, por mi culpa, existían problemas en la casa, pues mis excrementos se iban amontonando en el lugar para este fin sin que ninguna de las tres hermanas se decidiera a limpiarlos. Los padres se oponían a que esta situación continuara y querían enviarme al dispensario municipal para animales, a lo que las tres se oponían. Ellas iban ganando pero cada vez se desentendían más de mí, por lo que mi futuro estaba amenazado. Por eso entonces intenté hacerme amigo de los padres: les hacía caso, me tiraba a sus pies e intentaba jugar con ellos. Antes solamente les hacía caso cuando tenía hambre, para que me dieran de comer, y después me iba a mi bola y pasaba de ellos.

A veces escuchaba comentar a los padres de Espe, Fe y Cari como yo, a pesar de no haber tenido madre gatuna que me enseñara nada, ni animales de mi especie en mi infancia, tenía un instinto natural que me hacía ser un gato como otro cualquiera, y eso me llenaba de orgullo, porque eso era yo, un gato, pero un gato que vivía como un auténtico sibarita. Por eso el jefe de la casa decía muchas veces: “Yo, si algún día me reencarno, quiero ser un gato, pero un gato como éste”.

Hoy ya soy viejo, tengo doce años y me ocurre casi igual que el primer día que ingresé en esta casa: no puedo casi subir por las escaleras a mi aposento. Las chicas se han largado de casa y me he quedado solo con sus padres, que dicen que están hartos del gato y de la madre que lo parió, y que cuando me muera no tendrán más animales, y que el quiera animales, que los limpie y los cuide. En fin, que mi vida en principio iba a ser muy negra, pero se me apareció la Esperanza y luego la Fe y la Caridad, y he vivido como un auténtico señor.

UNA HERMOSA TARDE DE VERANO

por

Rosa María Negre Moreno

Una hermosa tarde de verano, dos niñas salieron a pasear al campo. La temperatura era agradable y tenían muchas ganas de jugar y recoger frutos silvestres.

A las cuatro de la tarde, pararon ante un gran zarzal y cuando casi habían llenado el cesto de moras, comprobaron que en las proximidades se encontraba un avispero. A las niñas, inconscientes del peligro debido a su juventud, les hizo gracia, y sin pensarlo, comenzaron a golpearlo con una caña. Lógicamente, las avispas al sentirse amenazadas, se enfurecieron y las niñas tuvieron que empezar a correr para evitar que les alcanzaran.

A lo lejos vieron a un pastor que estaba cuidando de su rebaño, el cual se percató del peligro que corrían las niñas, salió a su encuentro vapuleando una manta (que suelen llevar los pastores para protegerse de las inclemencias del tiempo) y las cubrió finalmente con ellas. Así las salvó de unas picaduras que ya veían seguras.

Las niñas volvieron a sus casas sanas y salvas, habiendo aprendido una lección, nunca volverían a molestar a ningún animal dentro de su hábitat y siempre recordarían con cariño al buen pastor.

PRINCESA Y NEGRITO

por

Fernando Pérez Cortés

Hace no mucho tiempo había una perrita llamada Princesa que vivía con sus dueños en un piso de familia de clase media cuyos balcones daban a una hermosa terraza por donde muchas veces pasaba un gato vagabundo al que, por el color negro de su pelaje, la perrita llamaba “Negrito”.

Esa gran terraza pertenecía al piso donde vivía casi todo el día un niño llamado Hugo, que en muchas ocasiones salía a ella para jugar con su abuelita.

Cada vez que el niño salía a jugar, Princesa le saludaba ladrándole, que era de la única forma que sabía, pero el niño no lo sentía así, lo tomaba como una señal de desconfianza.

Además de todo esto, Princesa, cuando el niño estaba comiendo, escuchaba que le decían: “Cómete esto, ya que, si no lo haces, Princesa te lo quitara para comerlo ella”. Estas palabras hacían que Hugo cada vez sintiese más rechazo hacia la perrita.

Princesa se sentía muy desgraciada por no poder expresarse de manera que el niño la entendiese. Quería hacerle saber de sus buenas intenciones y de su buen corazón. Muchas veces pedía consejo a Negrito para que le ayudase a conseguir esa meta, que para ella suponía poder contar con el cariño de Hugo.

Un día, en su desesperación, se quedó dormida, momento en el que soñó con la presencia de un hada buena que le dijo: “Mira, Princesa, yo, el hada buena, te prometo que, si haces una buena obra, haré que tu deseo de que Hugo te entienda se vea cumplido”.

Princesa no sabía qué podía hacer para obtener el favor del hada buena, hasta que se dio cuenta de que algunos días su conocido, Negrito, no disponía de nada para comer, mientras que ella siempre tenía alimentos suficientes, así que decidió ponerse al habla con Negrito al que le dijo: “Quiero que desde este momento compartamos la comida que yo tengo y así ya no pasarás más penurias por no tener qué comer y evitarás el ir a buscar y mucho días no encontrar”. El gatito se sintió muy feliz con esta noticia.

Después de esa buena obra, Princesa esperaba con nerviosismo la llegada de la mañana siguiente para poder ver a Hugo. Cuando por fin lo vio, le preguntó si comprendía lo que le estaba preguntando mediante su lenguaje de ladridos y se dio

cuenta de que el niño le contestaba afirmativamente. Princesa sintió una inmensa alegría, porque a partir de entonces podría contarle a Hugo muchas cosas.

En aquel momento nació una gran amistad entre el niño y la perrita, y ambos pasaron muchos ratos hablando de sus cosas y siendo muy felices.

LITA
por
María del Carmen Salinas Berenguer

Desde este mi rincón y con los ojos entreabiertos, por mis dos rendijas observo mi entorno tranquilo y acogedor. Lanzo un suspiro de satisfacción: “SOY FELIZ”.

Pero no siempre esto fue así. Nací en un garaje, al poco tiempo fui abandonada por mi madre y la situación de penuria resultó para mí lamentable. Tenía que sobrevivir y no sabía cómo.

Estaba sucia, hambrienta y herida, pensé que llegaba mi fin. En ese momento tan difícil, un hombre apareció. Me acerqué a él con mis fuertes y suplicantes maullidos (¡ah!, se me olvidaba decir que soy una gata!).

Me acarició, me dio agua en una lata y se fue; volví otra vez a mi infortunio, un poco atenuada mi sed.

– No volverá” –pensé–, y así pasé la noche dando vueltas y vueltas, hasta que llegó la luz del nuevo día. Cuál fue mi sorpresa y mi inmensa alegría al verlo nuevamente. Corrí angustiada con mis lastimeros quejidos. Me miró y dijo cogiéndome en sus brazos:

– Vamos para casa, a ver qué dice la jefa.

Y de esta forma entré en mi nuevo hogar, bueno, en el único que he tenido en mi gatuna vida.

Me lavaron, curaron y llevaron al veterinario. Decidieron, después de alguna discusión que yo no entendí muy bien, adoptarme y darme sus cuidados y cariño. Pasé así a ser un miembro más de la familia. Desde entonces, yo procuro compensarles dándoles el mío.

Hoy soy una gata muy feliz, con mis dueños y los dos compañeros que también viven conmigo: Dixi y Coque.

Mi nombre es Lita.